

CAMPAÑA CONTRA EL ALCOHOLISMO

Por María Consuelo Aguilar Vda. de Galvin
(Lina Rey)

Al llamado que hizo el Sr. Presidente D. Enrique C. Creel a todos los miembros de esta Sociedad para aportar un trabajo en pro de la campaña antialcólica, me es grato responder con este pequeño contingente, tanto por espíritu de cooperación, como porque estoy convencida de la importancia de tan laudable propósito.

No estoy enteramente de acuerdo con el Dr. Galindo acerca de la inutilidad de las campañas contra el alcoholismo.

Cualquiera forma de campaña es buena si logra disminuir tan sólo el porcentaje de víctimas, como cualquier esfuerzo individual es loable si llega a salvar siquiera una víctima; ya que salvando a una se libra quizás a muchas; y ya que sumando los esfuerzos individuales, éstos formarán, en colectividad, una cifra respetable.

Nos lamentamos de que las autoridades no tomen medidas radicales, que no siempre producen el efecto deseado, como se ha visto en nuestra vecina república; y ¿qué hacemos, qué hemos hecho individualmente para impedir que la vorágine absorba una existencia más? Nos contentamos con decir: "yo soy temperante." Pero vosotros, los hombres, y hablo en términos generales, aceptáis gustosos o resignados el precedente de que todo negocio debe arreglarse en la cantina; y esto aun tratándose de gentes cultas y temperantes, ya que a quien se invita a tomar una copa no se resuelve a rehusarla, porque piensa que se dirá que "no es bastante hombre." Pa-

sa con esto lo que con la pintura moderna: lastima la belleza, la estética y aun la anatomía; pero todos se hacen disimulados, por temor de que un "espíritu superior," un artista "no bien comprendido," los tilde de ignorantes o incapaces de interpretar el verdadero arte.

Además de los grandes recursos que en sus manos tiene la ley, que vosotros señalaréis y discutireis, sin tratar de llegar a extremos para los cuales no estaríamos preparados; y que por razones político-económicas los que tienen en su mano el remedio no lo pondrán, existirían mil recursos en menor escala con los cuales todos podríamos cooperar.

Pero hay que convencerse, señores: cerniéndose por encima de los campos en donde yacen las víctimas del alcoholismo en todas sus formas, como tan hábilmente nos indicó el Dr. Galindo, hay un ave negra más repugnante que los buitres; porque éstos, al menos, devoran a sus víctimas, limpiando al mismo tiempo los campos y evitando la putrefacción; esa ave es el egoísmo individual, el egoísmo colectivo, que pasa por esos campos de desolación, proyectando su tétrica sombra y luego se aleja dejando que las larvas se reproduzcan, que las víctimas se multipliquen.

Vosotros descubriréis medios, descubriréis "principios" para atacar el mal, pero yo os pido que el remedio lo busqueis más profundamente. Culpables, en efecto, son aquellos a quienes el vicio arrastra, y culpables somos cada uno de nosotros por contribuir con nuestra gota a que se perfore la roca.

Si estamos convencidos de que el alcohol es un mal tan grave ¿por qué contribuimos al incremento de este mal? Nos parecería degradante probar, por complacer a un amigo, una droga heroica y no vacilamos en proteger el vicio de los que nos rodean. Debemos recordar la sentencia famosa que Shakespeare pone en la boca de Hamlet: "Ser o no ser;" y el que no ayuda, entorpece la acción, aunque no sea más que por no sumar sus esfuerzos para su ejecución.

Falta conciencia; falta valor civil; falta unión; falta solidaridad, cuando se trata de enfrentarse con estos males; y esas

faltas, por desgracia, se acentúan notablemente en nuestro medio.

El gobierno perdería una fortuna cerrando las cantinas, por las excesivas contribuciones que de ellas obtiene, pero nosotros veríamos satisfechos la supresión o restricción de ellas, pues no cabe duda de que disminuirían las ocasiones y con éstas las caídas. Mas icómo protestaríamos si se nos pidiera una pequeña contribución, como las que a veces se nos imponen —el timbre de la langosta, el del niño, etc.,— para cubrir aquel déficit mientras se establecían industrias que reemplazaran los ingresos de que el gobierno se vería privado; mientras se sustitufía la producción de pulque por la de celulosa para la seda artificial, por ejemplo, que tenemos que importar de Canadá y Estados Unidos, o por industrias avícolas o ganaderas que son tan deficientes en la actualidad!

Aquí, como en todo lo que nos rodea, vuelve a aparecer el egoísmo; ya no hay apóstoles que prediquen nobles causas, porque se les desoye o se les trata de locos. No hay energía en las clases directoras; a todos los que el azar coloca al frente de las colectividades se les antoja la tarea muy ardua para emprenderla o se sienten solos y aislados para llevarla a efecto, pues falta la cooperación.

Hay, pues, que admitir dos hechos fundamentales: las clases directoras, aquellas que tienen a su cargo el gobierno del pueblo, ignoran las deficiencias y los remedios y ya no tienen ese afán por conocer las verdades, que se dice tuvieron griegos y romanos, sino que sólo aprecian la adulación y la complicidad; o conociendo la verdad y las necesidades desatienden aquélla y no remedian las segundas por impotencia, ambición o egoísmo.

Una democracia real exigiría la cooperación para que se les señalaran hechos y remedios; pero no extemporánea y solapadamente, sino con voz fuerte que despertara a la realidad a quienes están o quieren estar sordos o dormidos.

Pero al despertarlos tendríamos que decirles: "Levantaos y obrad; cumplid con el deber que vuestra posición os impone; por nuestra parte, aquí estamos todos los ciudadanos normales y conscientes para ayudaros. Nuestra voluntad co-

lectiva os exige que realiceis nuestros ideales, pero esta voluntad es consciente también de sus deberes."

Y ¿ayudamos acaso, señores? Un pesimismo fatal pesa de mucho tiempo atrás sobre nosotros, cerrando las puertas al probable éxito. Mucho se hablará y mucho se discutirá, y todos debemos poner nuestro "grano de arena" en dichas discusiones, puesto que de la discusión se dice viene la luz; pero para que cualquiera campaña que se emprenda sea provechosa, debe tener como fundamento la obra y la cooperación real y activa de todos y cada uno de los que la inician y la comprenden; que "obras son amores y no buenas razones."

Ahora bien: además de los remedios legales, existen remedios sociales y morales que a nosotros toca poner en práctica; remedios educativos, que no darán fruto inmediato, pero que semejantes a ciertas plantas que tardan años en fructificar, serán sus rendimientos más duraderos y prolongados; y que arraigando por convencimiento en una nueva generación, llevarán en sí mismos el germen de inmunidad para ella y para las venideras.

Estos medios educativos deben figurar como parte muy importante de la campaña antialcohólica; y es a nosotras las mujeres a quienes principalmente corresponde la tarea de sostenerla con el ejemplo y con la persuasión; en la familia, en la sociedad y en la escuela. Imperceptiblemente debemos infiltrar, como antídoto contra el alcohol, la aversión y la repugnancia hacia él; y así lograremos, insensiblemente también, mejorar la raza física y moralmente.

Imposible sería negar nuestro ascendiente; ¿por qué no emplearlo en algo útil y benéfico a la patria y a las generaciones de mañana, que serán carne de nuestra carne y vida de nuestra vida?

Sin llegar a los extremos que se han visto en nuestra vecina república, como en el caso de la entusiasta y decidida Carrie Nation que hace años entraba en las cantinas, hacha en mano, destruyendo cuanta botella encontraba a su alcance, aunque sólo para producir una reacción contraria, podemos establecer centros recreativos, ligas temperantes, escribir, publicar y distribuir folletos instructivos.

Todo ello puede ser semilla, que si bien algunas veces se pierda por caer en terrenos por naturaleza improductivos, en otras ocasiones, en cambio, nos producirán, junto con los frutos benditos de una regeneración efectiva, la satisfacción de ser útiles a la humanidad.

México, marzo de 1930

